

ñó con tan buen éxito, que muchos de sus discípulos, á pesar de su corta edad, hicieron grandes adelantos. En 1840 escribió y enseñó su "Geografía física y política," y dedicóse á enseñar á los niños aritmética superior.

En 1843 extractó de Sicilia y puso en verso la "Ortología" y publicó un silabario compuesto por él, que dió felicísimos resultados. En 1845 puso en verso y publicó las reglas de "Etimología y sintaxis castellana," dejando así completo el curso de Gramática; aumentó su "Geografía de los niños" y comenzó á escribir unas "Lecciones de Geometría" acomodadas á la inteligencia de los mismos.

Tradujo del francés tres tomos de la Biblia de Venecé: del italiano, la Historia de California, por Clavijero, y dió á luz algunas poesías. En Octubre de ese mismo año fué nombrado vocal de la Asamblea departamental de México; pero á poco, el 23 de Diciembre de ese año falleció, á los cincuenta y dos de su edad.

VIII

D. JULIAN VILLAGRAN.

EL pueblo español ha sido siempre celoso de sus glorias, y ha sabido, por lo mismo, honrar á sus héroes. Leed su historia y hallaréis enaltecidos en ella á sus campeones más esforzados, hasta el extremo de que reviste el carácter de una epopeya, y es más bien un canto que una narración concisa y severa.

Nosotros, aunque descendientes de ese pueblo, parece que no hemos heredado de él la gran virtud que inspira esos homenajes á los que dieron su sangre y aun su vida misma por la patria, y no tenemos todavía una historia en la que se encuentren en todo su esplendor y su grandeza tantos y tan heroicos hechos como fueron los consumados en la guerra de independencia y en las invasiones extranjeras que ha resistido la nación.

Episodios brillantes de que se enorgullecería el pueblo más valiente del mundo; acciones levantadas que cualquiera pregonaría con noble entusiasmo; sacrifi-

cios cruentos que merecen eterna recordación, apenas si se conocen, apenas si el historiador los juzga dignos de su pluma, y el poeta no los ha cantado todavía.

Tamaña injusticia no reconoce otro origen que el que le hemos asignado ya en varias de nuestros anteriores escritos, y que se condensa en un apellido: Alamán. Obedeciendo á móviles que es preciso calificar duramente, el fundador de la moderna historia de México opacó hasta donde le fué dado las glorias de sus hermanos; tergiversó maliciosamente los hechos; falseó la verdad; manchó muchos nombres ilustres, y hasta revolvió sus cenizas para esparcirlas, para que ni rastro quedase de los que habían amado la libertad y muerto por ella.

Alamán escribió con ira en contra de los independientes más notables; les atribuyó crímenes y bajezas; puso todo su conato en hacerlos aparecer como foragidos y bandoleros, y en cuanto á los de menor talla, los relegó al desprecio, es decir, al olvido. Y como Alamán era personaje en un partido que imperó largos años, sin contradicción fueron arraigándose sus calumniosas relaciones, y su criterio fué durante mucho tiempo el criterio de una gran parte de la sociedad.

Alamán llevó su saña contra los que le dieron patria, al extremo de turbar la común alegría en las fiestas del 16 de Septiembre, invocando la historia por él trazada, con el fin de que no se honrase á los primeros caudillos de la Independencia. Fué más lejos todavía: abusando de su influencia, de su poder diremos mejor, violó el sepulcro del conquistador y mandó al

extranjero sus cenizas, que descansaban por voluntad suya en nuestra tierra, atribuyendo á los mexicanos la indigna idea de querer profanar la tumba de Cortés. ¡Como si un pueblo valiente pudiera nunca dejar de ver con admiración y con respeto al esforzado capitán que con inaudito valor había consumado una de las más grandiosas epopeyas del mundo!

Nueva corriente de ideas va por fortuna en nuestros días disipando los errores por Alamán inculcados, y vemos así que, como si se levantaran de sus sepulcros, van apareciendo las nobles figuras de nuestros héroes. La juventud, ansiosa de conocer la verdad, inquiera, revuelve antiguos manuscritos, y coloca en su pedestal de gloria los nombres de los caudillos mexicanos.

Nunca, pues, mejor que ahora debemos hablar de un héroe, olvidado á pesar de que es digno de la inmortalidad, de D. Julián Villagrán, á quien justamente puso en parangón el ilustre Quintana Roo con el defensor de Tarifa, Alonso Pérez de Guzmán, conocido en la Historia por "Guzmán el Bueno."

Antes de referir la acción heroica que Villagrán consumó, recordemos la de Pérez de Guzmán, para que comparándolas, vea el lector cuán acertadamente la juzgó el eminente patricio acabado de citar.

Reinaba en Castilla D. Sancho IV el "Bravo," príncipe valeroso, activo, justiciero, y muchas veces cruel. Su ambición no le permitió aguardar á la muerte de su padre que le había declarado heredero de la corona, y levantóse contra él y abrevió sus días. De tan

funesto proceder nacieron grandes turbulencias en el interior del reino y tomaron aliento los moros. Entre los acontecimientos más graves de su reinado figura el sitio de Tarifa por aquellos.

Daremos un breve extracto de ese episodio histórico, por ser conducente á nuestro propósito, y al efecto nos valdremos de las palabras del conde de Segur, que es el que más conciso nos parece entre los que lo han narrado.

“Como insistiese el infante D. Juan en su propósito de hacer daños á las fronteras de Castilla, D. Sancho exigió de su aliado el rey D. Dionís de Portugal que no le permitiese dentro de su reino. El portugués, deseando conservar la buena inteligencia con su vecino, despidió al infante y le mandó salir de sus Estados. El infante se embarcó para Francia; pero habiéndole arrojado una tempestad á las costas de Africa, determinó quedarse en la corte de Marruecos, donde fué muy bien recibido de Abu Jacob, como lo eran en los países de los moros todos los caballeros desnaturalizados de Castilla.

“Trataba entonces el marroquí de hacer una expedición á Andalucía para recobrar la plaza de Tarifa. D. Juan le propuso que le diese el mando de cinco mil hombres de caballería y alguna infantería, prometiendo con aquella gente rendir la plaza. Aceptó Abu Jacob la oferta, y el infante desembarcó con las tropas en la costa cercana y puso sitio á la plaza.

“El rey la había dado en tenencia, cuando la conquistó, al maestre de Calatrava; pero siendo exorbitan-

tes los acostamientos que pedía para defenderla, D. Alonso Pérez de Guzmán se ofreció á ser su alcaide y gobernador por menos sueldo, y el rey D. Sancho se la dió con esta condición. Tenía, pues, muy buena gente de presidio, que rechazó todos los asaltos de los moros, causándoles mucha mortandad. Irritado el infante D. Juan de no poder salir con su empresa á fuerza de armas, meditó la atrocidad más ruín de que se hubiese visto ejemplo en España.

“En una de las aldeas comarcanas se criaba un hijo pequeño del gobernador D. Alonso, llamado Pedro. D. Juan hizo que una partida de moros se apoderase del tierno niño y lo trajese al campamento. Cuando lo tuvo en su poder, pidió plática al Gobernador de Tarifa, que se asomó al muro, dejando la mesa en que estaba comiendo. Mostróle el infante á su hijo, y le anunció que “si no se le rendía la plaza le degollaría á su vista.” El infeliz padre conoció toda la extensión de su infortunio; pero resuelto á cumplir con su deber, les arrojó su espada desde el adarve, diciendo: “si os falta acero, ahí tenéis el mío;” y volvió á sentarse á la mesa sin descubrirse en su semblante ninguna señal del tormento que le aquejaba.

“El infante tuvo la barbarie de cumplir su amenaza. La sangre del niño tiñó la arena de la playa, y al ver semejante maldad, se levantó en los muros un grito de indignación y de dolor de los soldados del presidio que veían tan horrible escena. “¿Qué es eso?” exclama D. Alonso levantándose azorado al oír el tumulto. “Señor, le han muerto,” le responden los más vecinos.

El héroe dijo recobrando su serenidad: "cuidé que los moros asaltaban la fortaleza."

"No es fácil decir, agrega el historiador, si es más ignominioso á España haber sido cuna de este monstruo (D. Juan) que gloriarse de haber producido un héroe como Alonso Pérez de Guzmán!"

Vengamos ahora al héroe mexicano.

Terminaba el año de 1814. Tres años hacía que el intrépido D. Julián Villagrán ponía en grande agitación un inmenso territorio, que sostuvo con increíbles prodigios de valor.

La plaza de Zimapán era defendida por él bizarramente, cuando fué hecho prisionero en Huichapan su hijo D. Francisco.

Intimóse á D. Julián rendición, bajo la promesa de que se libertaría á su hijo, y él obtendría indulto. Villagrán contestó heroicamente á tan indigna propuesta, y los defensores del rey sacrificaron á Francisco Villagrán en el mismo pueblo de Huichapan, escogiendo para la ejecución la esquina de su casa, donde quedaron estampados los sesos que hicieron saltar las balas.

Las gacetas del gobierno virreinal, queriendo obscurecer la gloria de Villagrán, le llamaron "padre desnaturalizado," y dijeron que el suyo había sido un acto de barbarie. Pero no faltó quien echase en cara á los españoles su inconsecuencia en vituperar en un americano lo mismo que tanto exaltaban en un paisano, cuyo nombre es uno de los que más adornan las páginas de su historia.

No pasó mucho tiempo sin que D. Julián Villagrán,

sorprendido por una traición, sufriese la misma suerte que su hijo.

A este episodio de nuestra historia aludió Quintana Roo cuando dijo: "Conducido por la traición al glorioso altar del martirio, unió su sangre á la de su propio hijo que rehusó redimir al vil precio de un vergonzoso rendimiento, dejando eclipsada con tan generoso sacrificio la hazaña justamente celebrada del defensor de Tarifa, que en el héroe mexicano, doblemente meritoria, se vituperó como acto de barbarie, por una de aquellas inconsecuencias que no puede disculpar ni el desconcertado aturdimiento del espíritu de partido."

Holgarían otras palabras para encomiar á Villagrán. Séanos permitido tan sólo decir al lector: ahí tienes á los modestos caudillos de la libertad mexicana; Villagrán es uno de ellos; uno de los mismos á quienes el famoso historiador Alamán pinta como foragidos, como bandoleros capaces de todo crimen, perpetradores de cuanto hay de más odioso y execrable. Y cuenta que rasgos como el que acabas de oír, abundan en la historia de aquellos once años de continuo luchar, de incesante martirio. Si aún no te parece suficientemente grandiosa esta página, si buscas heroicidad mayor, si aún pretendes que se pongan ante tus ojos dramas en que resplandezca un patriotismo más sublime todavía, no será imposible complacerte. La Sra. Rayón, la matrona ilustre que dió á la patria tantos héroes, nos ofrece un hecho que opaca el de Villagrán, toda vez que la ternura maternal supera, y con mucho, á la del padre más amoroso.

Pero no es este el lugar en que puede ser loada y enaltecida la sin par matrona michoacana, y debemos, por lo mismo, poner término á estos apuntamientos biográficos, celebrando el acierto con que el Estado de Hidalgo procedió al perpetuar el recuerdo del héroe de Zimapán.

 IX

 GRAL. D. IGNACIO PESQUEIRA.

“**L**A figura histórica de Pesqueira, ha dicho uno de sus biógrafos, es una de las más interesantes de nuestro país, por los servicios que prestó á su Estado natal (Sonora), por la influencia decisiva que durante largo tiempo tuvo en los asuntos públicos, y por el importante papel que desempeñó en la guerra por la libertad. Su personalidad es digna de examen detenido, pues se le puede estudiar como protector del Estado contra las devastaciones de los bárbaros, papel que desempeñó al principio de su carrera, y que echó las bases de la gran popularidad que había de alcanzar después; se le puede estudiar como conquistador del poder en Sonora, como jefe dictatorial del gobierno, como hombre de guerra, y como caudillo perseverante en nuestras guerras en favor de la libertad.”

Se comprende, después de leer lo anterior, que Sonora haya, con justos títulos elegido entre sus hijos á éste, que lo fué muy preclaro, para erigirle una estatua.

Ensayemos condensar en pocas páginas las bien largas que llena con sus hechos el patriota sonoreño.

En Arizpe, antigua capital del Estado, y en 1818, nació D. Ignacio Pesqueira; hijo de una familia que, por sus recursos, pudo enviarle á Madrid á estudiar.

Allí recibió las primeras inspiraciones en favor de las ideas liberales en presencia del movimiento democrático iniciado á la muerte de Fernando VII. Pasó en seguida á Paris á continuar sus estudios y después de algunos años de ausencia regresó á su patria que era ya libre é independiente.

Una vez en Sonora, Pesqueira se alistó en las filas liberales para tomar parte en la lucha contra el centralismo, á las órdenes de Urrea, y cuando su causa fué vencida dedicóse á las faenas campestres. Hostilizado en ellas por los bárbaros, Pesqueira para defender sus intereses y los de sus conterráneos unióse á D. Rafael Buelna y llevó á cabo una brillante campaña, distinguiéndose especialmente en la acción de Pozo Hediondo en el Distrito de Moctezuma, el día 7 de Enero de 1851, resultando herido por los apaches.

Cuando estalló la revolución de Ayulla se adhirió á ella resueltamente, y no sólo en el ejército sino como diputado, como Prefecto de un Distrito, prestó grandes y útiles servicios.

En 1856 fué al propio tiempo Coronel inspector de guardia nacional y presidente del Consejo de gobierno, puesto que desempeñaba al estallar el pronunciamiento en favor del Gral. Gándara. Preso el Gobernador, Pesqueira asumió el poder por ministerio de la

ley y lo defendió intrépida y vigorosamente hasta quedar vencedor en 1857. Restablecido el orden, en vano quiso resignar el mando Pesqueira, pues el Sr. Aguilar que era el Gobernador, comprendió que era necesario en aquella época un hombre de la energía, actividad, valor, y demás circunstancias que poseía Pesqueira, quien á la vez que sofocó la revolución de Gándara, puso coto á las intentonas de yaquis y mayos y rechazó una expedición de filibusteros yankis comandados por Crabb.

El 27 de Agosto del mismo año de 1857 el Congreso de Sonora declaró que el voto público había designado á Pesqueira para gobernar el Estado. Una nueva revolución de Gándara turbó la paz y una vez más Pesqueira la venció personalmente, y pudo él dedicarse á someter á los yaquis y mayos que se habían sublevado, como en efecto los sometió.

Conmovida la República por el golpe de Estado de Comonfort, Pesqueira se adhirió á la legalidad representada por Juárez, y los tres años que duró la lucha no descansó un sólo día, siendo teatro de sus glorias no sólo el Estado de Sonora sino también el de Sinaloa, al que prestó su apoyo de la manera más eficaz y más oportuna. Vencida fué la reacción en ambos Estados después de numerosas acciones de guerra coronadas el 3 de Abril de 1859 por el asalto de Mazatlán que fué tomado tras un combate tenaz y sangriento.

Los disturbios que una vez más tuvieron lugar por aquella época en Sonora, impidieron que Pesqueira realizara sus propósitos de ir al Estado de Jalisco á

pelear por el triunfo de la Reforma, y hubo de resignarse á sostener en Sonora el imperio de la ley.

Vino después la guerra contra la Intervención y el Imperio, y Pesqueira, acatando con entusiasmo las órdenes de Juárez puso á disposición de éste 850 hombres, hijos de Sonora, que unidos al contingente de Sinaloa formaron parte de los 2,000 con que D. Pláci-Vega salió en Febrero de 1863 á tomar parte activa en la defensa nacional. Además, á iniciativa suya se abrieron subscripciones y se reclutaron voluntarios para combatir al enemigo extranjero. Maximiliano, á cuyo conocimiento llegó lo que Pesqueira significaba en el Estado de Sonora por sus grandes dotes personales y por la decisiva influencia que ejercía en los espíritus, hízole inútilmente grandes ofrecimientos para atraerle á su bandera.

En Marzo de 1865 llegaron á Guaymas cuatro buques franceses con tropas al mando del Gral. Castagny. Aquí comienza el período más agitado de la vida del general sonorensé. Al mismo tiempo que luchaba con los invasores, tenía que poner coto á las maquinaciones de sus contrarios en la política local y á las invasiones de los yaquis y mayos. La fortuna deja de mimarle y aunque lucha con inteligencia y brío, sufre descalabro tras descalabro; la muerte le arrebató á su esposa y á su hijo; y como si todo eso no bastara, quebrántase su salud por tal modo, que vese obligado á ausentarse del país hasta que se encuentra restablecido para volver á la brega. Otra vez en campaña despliega todas sus energías; da reñidísima acción el 4 de

Mayo de 1866, y unido á otros jefes patriotas combatió por donde quiera y sin tregua; derrota el 4 de Septiembre, por completo, á Lamberg, y por último, entra victorioso á Ures y da fin así á la dominación imperialista en el Estado.

Pesqueira ejerció el poder más absoluto; fué un verdadero dictador, y sus contrarios no pudieron derribarle en los veinte años que duró su dominación. Cometiéndole, sin duda, no pocos errores en su carrera pública; pero son tan eminentes los servicios que como soldado prestó á la causa de la Reforma, de la Libertad y de la Independencia, que con legítimos títulos conquistó la inmortalidad.

Su muerte ocurrió el día 4 de Enero de 1886.